

## Opinión

LA TRIBUNA

## Religiones y cultura de la paz

**Gunnar Stalsett**

Obispo luterano. Moderador del Consejo Europeo de Líderes Religiosos

A paz del corazón y de la mente y la paz de la sociedad están intrínsecamente ligadas. La paz y la justicia son inseparables, como también lo son la verdad y la reconciliación. La paz es que los hambrientos sean alimentados, que los pobres sean ayudados, que los enfermos sean curados, que los oprimidos sean liberados y que los marginados tengan voz. Paz es protección contra la violencia y se experimenta al hacer que las guerras y los conflictos armados se transformen a favor del desarrollo y la construcción de una nación."

Esas palabras están en el preámbulo de la Declaración de Lille sobre una Cultura de Paz hecha pública por el Consejo Europeo de Líderes Religiosos-Religiones para la Paz el pasado mes de mayo. El consejo reúne a cerca de 30 destacados líderes religiosos de todas partes de Europa: cristianos, musulmanes, judíos, hindúes, budistas, sijs y zoroástricos, que reconocen la profunda relación entre la cultura, la paz y la religión, así como entre el bienestar individual -físico, mental y espiritual- y la cohesión y la armonía a nivel social.

Durante casi 40 años he tenido el privilegio de participar en intentos a favor de procesos de paz y de reconciliación alrededor de todo el mundo: de Guatemala y Namibia a Kosovo, Sri Lanka y Timor. Las culturas, los idiomas y las tradiciones de estos países varían enormemente. Cada uno tiene su particular belleza y sus retos específicos. Pero en cada uno de los países que padecen conflictos he comprobado, sea para bien como para mal, la importancia de la religión.

Raramente podemos hablar de guerras de religión, pero a menudo vemos que la religión es usada para dar legitimidad a quienes promueven la intolerancia y la violencia. Pero también vemos con frecuencia comunidades religiosas que apoyan con coraje la paz y la no violencia, así como líderes religiosos que extienden sus manos hacia quienes están en el lado opuesto diciéndoles que su religión les impone construir puentes y derribar muros.



En Bosnia-Herzegovina los líderes de las cuatro mayores comunidades religiosas se reúnen regularmente en el Consejo Interreligioso y buscan caminos para profundizar su cooperación. En Sri Lanka, monjes budistas se cogen de las manos con sacerdotes hindúes, obispos cristianos y líderes musulmanes para encarar la situación de los desplazados internos a consecuencia de la guerra en el norte del país.

Con demasiada frecuencia las memorias -individuales y colectivas- son causa de conflictos. Se pueden conseguir muchas cosas, no por olvidar el pasado, sino recordándolo de manera distinta. En muchos enfrentamientos, una cuestión crucial es la de cómo reconciliar nuestras memorias. Las religiones proporcionan las palabras para ello: perdón, reconciliación, conversión.

Históricamente muchas partes de Europa han sido dominadas por la agricultura. A menudo, las granjas han sido propiedad de una familia durante muchas generaciones. Se dice que el éxito de un agricultor se da cuando él o ella pasan la propiedad a la siguiente generación con alguna mejoría respecto a cuando se hizo cargo la generación pasada.

Toda tierra debe ser cultivada y mejorada.

Los métodos agrícolas deben adaptarse a los cambios en la sociedad y al uso de las nuevas tecnologías. Y no obstante los cambios y las mejoras, la granja sigue siendo la misma, aunque las nuevas generaciones tienen un mejor punto de partida que el de sus padres.

Las tradiciones religiosas actúan del mismo modo. Deben ser cultivadas. Es preciso nutrir todo aquello que permita producir buenos frutos y eliminar lo que perjudica una buena cosecha. Y si alguien intenta aprovecharse de las tradiciones religiosas para promover sus propios objetivos, para incitar el odio, la intolerancia o la violencia, debemos confrontarlo con energía y proteger lo que nos ha sido confiado.

Las religiones y las culturas están siempre en movimiento. Son dinámicas, aunque a veces lentas en el cambio. Una cultura de paz, por lo tanto, no es una situación estable y armoniosa que puede ser alcanzada en algún momento del futuro, sino un proceso constante de forma y reforma de las identidades a las que pertenecemos.

Los conflictos son a veces necesarios y la reconciliación siempre tiene un precio. El papel de las religiones en la promoción de las culturas de paz no es el de hacer desaparecer los conflictos, sino el de ayudarnos a transformarlos para que podamos avanzar en nuestra búsqueda de la paz, la verdad y la justicia; y ayudarnos a reconciliar nuestras memorias y a enfrentar el futuro con una esperanza arraigada en aquello que va más allá de nuestra propia experiencia.

La cultura de paz se promueve a través de un diálogo paciente caracterizado por la sinceridad sobre nuestra propia fe y una sinceridad respetuosa hacia las tradiciones sagradas "del otro". Para mí, las palabras y los caminos de Jesús nunca pueden ser oscuros sino siempre transparentes en mis encuentros con aquellos cuyas fuentes de sabiduría provienen de una creencia diferente. Los actos de piedad y justicia tienen más sentido que las palabras sobre nuestra espiritualidad. Ésta es la esencia de las palabras de Jesús: benditos sean los pacificadores.

En colaboración con la Fundación Cultura de Paz e IPS en el marco del 10º aniversario de la Declaración y Plan de Acción para una Cultura de Paz 1999-2009.

POR MONTERA

Mariló Montero



## La huella de la peseta

S U recuerdo nos produce nostalgia. Esta semana, lejos de haberse conmemorado su nacimiento o desaparición, de haberle dedicado un homenaje o cualquier otro hecho destacable, la peseta ha intensificado su presencia. De manera inesperada, ha vuelto a la portada de nuestros corazones y ha suscitado entre quienes hemos sido sus usuarios emociones del pasado. El Banco de España ha calculado que aún conservamos en nuestro poder más de 300.000 millones de pesetas.

Dicho así, pareciera que se hubiesen quedado ocultos miles de millones de la moneda con el valor que tuvo en el mercado y que con ese dinero se podrían cubrir tantos miles de millones de necesidades. Pero, poniéndonos a hacer cálculos, significa que cada español tendría en su hucha poco más que para cubrir cuatro caprichos.

Recuerdo cuando Lola Flores nos pedía una peseta a cada uno de nosotros para zanjar su deuda con Hacienda. ¡Qué poco nos costaba a cada uno darle esa peseta! Pero, juntas, eran millones. Me resulta tan insólito como ese navarro que, para batir el record Guinness, se plantó en un jardín de Pamplona donde pedía a los viandantes un euro para crear una de las filas más largas de monedas que jamás se hayan hecho. Claro, luego te haces la foto y, cuando se va la prensa, te quedas solo recogiendo las monedas para irte al Caribe. El sujeto fue detenido por pretender timar a los pamplonicas.

Así están nuestras pesetas. Desperdigadas, sin valor económico, aunque sí con valor emocional. Por eso, quizá, las rubias están perdidas, o escondidas, como los amantes entre los forros de los abrigos. Ocultas entre los trozos de plastilina que los niños han dejado en el cajón de sastre del armario de nuestra casa, donde lo útil deja de serlo pero no llega a tirarse nunca. En botes de cristal, como si hubieran metido en formol nuestro primer sueldo.

La peseta vive entre nosotros y sigue cayéndonos bien. Trabajó durante 134 años. Siete lleva jubilada y nos resulta más simpática que el euro. Quizá por su feminidad, su belleza rubia, o por lo que significó para impulsar nuestros crecimientos vitales. En cambio, al euro pareciera que aún lo tratamos de usted. Su valor se asocia a la precariedad, al "mileurismo", a la tiesura.

Una peseta, lo que valía un beso robado, la que se quedó atrapada entre la hoja de plástico en un antiguo álbum de fotos. Otra, la que dejé pegada sobre el cemento de la acera de mi casa y que a mi regreso permanece inmutable al paso de tiempo. Mi padre hizo obra y el señor Cachito, el albañil, al cual yo admiraba por su maestría como si de Norman Foster se tratara, me explicaba las propiedades fascinantes del cemento. "Si dejas aquí tu huella, quedará eternamente". Hechizada por su magia, planté mi pie sobre el cemento, que comenzó a colarse entre mis dedos. Ante el temor de quedarme atrapada para siempre, lo levanté de inmediato. Allí quedó mi huella, tan desnuda como adolescente. Temí el insuficiente paso a la eternidad, por lo que pegué al lado una peseta. La moneda que acompañará los pasos de mi memoria.

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá



## La pequeña política

A veces voy a pueblos pequeños a dar charlas o a leer poemas. Hay gente a la que no le gusta hacer estas cosas, pero a mí sí. Uno descubre un mundo de pequeños clubes de lectura, de modestas casas de cultura, de bibliotecas pequeñas y acogedoras donde unos pocos alumnos de ESO se encierran a leer. Algunos de los mejores lectores que he tenido eran gente sin gran formación intelectual, pero llena de interés y curiosidad: gente que había trabajado en el campo toda su vida y que apenas había salido de su comarca, o jóvenes inmigrantes que querían aprender cosas que nunca habían podido aprender en su país de origen, o amas de casa que se evadían de la rutina extenuante leyendo para soñar con una vida mejor. En realidad, este público humilde es el más exigente de todos: lee sin prejuicios, dice sin tapujos lo que piensa y nunca se deja engañar. Si un libro no le convence, lo suelta en seguida.

Cuento esto porque en los últimos meses, con la aparición de los casos de corrupción que salpican a todos los partidos políticos, se están vertiendo críticas muy injustas contra toda la clase política. En la vida hay dos clases de personas: los que ven en la carretera un coche averiado y corren a echar una mano, o los que pasan de largo sin mirar atrás (que suelen ser la mayoría). En la política, sobre to-

siguen haciendo su trabajo, ese trabajo modesto pero imprescindible que consiste en el arreglo de una farola, en la limpieza del patio del colegio, en la colocación de un semáforo en una calle peligrosa.

El descrédito indiscriminado de la clase política no lleva a nada bueno. El día en que no vote nada más que un 30% de la población, la clase política no será más que un combinado de mafia y cinismo y granjería, como ocurre ya en muchos países (pensemos en Centroamérica, en Argentina, en Rusia). Así que cada vez que oigo hablar de sobornos y de comisiones ilícitas, pienso en las pequeñas casas de cultura, en los modestos clubes de lectura, en el alumbrado de un pequeño pueblo perdido en medio de ninguna parte. También eso existe, también eso es política. No deberíamos olvidarlo.